

LOS MUCHACHOS DE MONTERREY: EL GRUPO KATHARSIS EN LA ARQUEOLOGÍA LITERARIA DE NUEVO LEÓN

● MARGARITO CUÉLLAR

Si pienso en un título como *La caja de colores*, sin tener referencia del autor o del tema, lo primero que se viene a mi mente es que probablemente se trata de un libro infantil, donde quizá la trama tenga que ver precisamente con dos palabras clave: caja y colores. Si pienso en que el autor de esa caja de colores y de las sorpresas que pudiera haber dentro de ese artefacto colorido es Arturo Cantú, pensaré que sin

duda se trata de un libro de poemas o quizá de relatos o, ¿por qué no?, de ensayos.

En principio debo decir que el nombre de Arturo Cantú, lejos de dejarme una sensación de vaguedad, me remonta a una época de aprendizaje y conocimiento respecto a las letras regiomontanas. Si bien no tuve la oportunidad de conocerlo más que a través de sus escritos, sobre todo a través de un puñado de poemas

LA METÁFORA CAJA DE COLORES ME PUEDE REMITIR A LOS Matices DE LA VIDA... LO LEO TAMBIÉN COMO UNA LARGA CONVERSACIÓN, AUNQUE ES UN LIBRO BREVE.

publicados entre 1955 y 1960 en la revista *Kátharsis*, hecha por un grupo de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Nuevo León, había cierta admiración hacia las aventuras juveniles de Cantú y sus compañeros de barco generacional.

Cuando con la complicidad de amigos como Humberto Salazar y Eligio Coronado supe de Arturo Cantú y del grupo *Kátharsis* el tema me ponía enfrente algunas preguntas. ¿Por qué ese grupo de jóvenes brillantes, cuya poesía estaba impregnada de una estética nueva en los años cincuenta, no dejó libros propios ni antologías? ¿Por qué hacen una revista y luego desaparecen del escenario regiomontano? ¿Qué vio en “los muchachos de Monterrey” Octavio Paz que lo llevó a interactuar con ellos? De alguna manera, personajes como Arturo Cantú, Hugo Padilla y Gabriel Zaid eran un misterio por resolver.

Si de algo estábamos seguros a principios de los 80 los poetas que hacíamos pesquisas sobre la arqueología literaria en Nuevo León, era que los poetas del grupo *Kátharsis* querían decirnos algo nuevo. Pero teníamos la sensación de que nos dejaban con un sabor de boca. Los poemas dispersos en la revista *Kátharsis* eran apenas una probada poética que incluía, ciertamente, poemas sorprendentes y abundantes en imágenes –como lo que hacían ya Octavio Paz y Marco Antonio Montes de Oca– al menos en el caso de Arturo Cantú y Hugo Padilla, ya que la poesía de Zaid siempre se ha cosido aparte.

Dice Gesualdo Bufalino que los escritores no se leen, sino que se vigilan. Para ir en contra de la sentencia de Gesualdo yo leía lo que de vez en cuando encontraba de Arturo Cantú y lo vigilaba de lejos. Su nombre salía a flote en las largas noches de debates etílicos y era un referente a la hora de hacer el parteaguas de la poesía en Nuevo León. En el antes y el después los muchachos de Monterrey siempre estaban después.

Leo *La caja de colores* y no deja de resultarme un libro lleno de sorpresas, gratas e ingratas. Gratas porque es un libro rigurosamente escrito, dueño de una lucidez a prueba de inteligencia. Ingrato porque los personajes que están en esa caja de colores van desapareciendo y la

conciencia de su ausencia nos trae cierto desasosiego. Grato porque se trata de una pieza literaria maestra que deja una estela brillante tras la lectura de sus páginas. Ingrata porque el ser que va morir o que ya ha partido se revela como una cinta que pasa por nuestra mente de manera nítida a veces y otras en forma de nebulosa. ¿Por qué un libro como éste mete ruido en sus lectores? Pienso que, porque nos enfrenta a nuestra propia vida y nos hace volver la mirada hacia la otra orilla, esa que no se ve a ciencia cierta a qué distancia está, pero a la que se llega tarde o temprano, a veces de manera sigilosa.

La caja de colores nos recuerda el alcance que puede tener la memoria como recurso de recuperación de nuestro entorno. En la memoria está el tiempo comprimido y aumentado, el momento recreado o dibujado a medias. La memoria es un almacén matizado por los colores que le queremos dar al tiempo transcurrido. El fuego oculto que produce la llama, ya no a la sombra de la emoción y el sentimiento que originan tales vivencias o recuerdos, sino a la luz de la razón. A su vez, el memorioso es un equilibrista en la cuerda floja de la existencia.

Al igual que al maestro Alfonso Rangel Guerra, autor del prólogo de *La caja de colores*, me llama la atención la nitidez de los detalles con los que el autor evoca a la madre. No es que el dolor ya no esté presente. No es que la parte emotiva y sentimental se haya borrado de la memoria de quien escribe, pienso más bien que esos momentos, únicos e irrepetibles, se han transformado, no en un documento frío o en un montón de palabras, sino en un testimonio en el que la caja de colores devela su misterio.

Para mí como lector la metáfora caja de colores me puede remitir a los matices de la vida. Para el autor es un recuerdo nítido, plasmado con sobriedad y precisión, de su niñez en compañía de su madre. Lo leo también como una larga conversación, aunque es un libro breve. Ya en otro libro, *La red de cristal*, Arturo Cantú se reafirmaba como un maestro de pocos libros, un mentor fuera de las aulas y un conversador inteligente. *La caja de colores* lo confirma. ◆